

La existencia de la Iglesia es un milagro permanente, y visiblemente ella es la fuerza que lo sostiene todo y á todo lo da vida. Ya hemos visto su acción sobre algunos puntos; pero en ninguno es tan notoria y evidente como en la abnegación constante, humilde y oscura, con la que, en todos los tiempos y en todos los pueblos y países, se ha consagrado á la obra penosa y frecuentemente ingrata de educar la juventud y la niñez. En eso se ha ocupado siempre; todos los días ha encontrado hombres con vocación para eso mismo, y, al hacerlo, ella principiaba todo, lo conservaba y lo acababa todo.

La Iglesia es una madre, y, por lo mismo que es madre, es la mejor institutriz y maestra de escuela. Ella cuida y enseña, y jamás cesa ni cesará de enseñar. Como reina, podrá alguna vez dejarse arrebatar el trono; pero, como madre, jamás abandonará la escuela. Despreciando todos los peligros y bajo todos los disfraces y engaños con que se pretenderá atarla y ponerla trabas, continuará siempre enseñando el arte y la ciencia de servir, de conocer y de amar á Dios, y por ese camino tan legítimo, tan noble y tan laudable recuperará el gobierno del mundo. Enseñará mientras duren las persecuciones de la civilización y las persecuciones de la barbarie, las cuales se ponen frecuentemente de acuerdo y son muy semejantes para inferirla los mismos insultos y darla los mismos golpes. Enseñará durante la paz y durante la guerra, y tendrá siempre hombres para marchar con los pies descalzos á todos los remotos países, llegar á los pue-

blos salvajes, vivir entre ellos y en medio de ellos, sufrir allí un destierro interminable, y morir ilustrándolos y alumbrándolos con el nombre de Jesucristo.

Hay en esa obra una cosa que la Iglesia no abandonará jamás, y es el cuidado de los pobres y de los desgraciados; y todo lo que ella ha hecho bajo ese concepto podrán callarlo sus enemigos, pero jamás ignorarlo, porque ven con evidencia la inagotable fecundidad de sus obras de caridad. La Iglesia ha fundado siempre hospitales, guiada del mismo espíritu con que establecía escuelas; y no solamente cada siglo, sino cada año está señalado con algunas de sus nuevas fundaciones y nuevas creaciones. Nuestro siglo ha dado también un glorioso contingente, mayor quizá que los que le han precedido; y por eso se ve también que la familia cristiana establecida sobre la tierra puede sentir alguna vez disminuirse el número y brillo de sus luces, pero jamás la eficacia de sus virtudes. La multitud de escuelas, sobre todo en Francia, en el siglo VIII era como la vanguardia de Carlo-Magno, y esa vanguardia fué la que le descubrió un pueblo y un ejército.

CARLO-MAGNO

El mundo y casi la Iglesia misma no se figuraban que hubiese desaparecido el imperio de Occidente. Á pesar de Roma y de Bizancio, la humanidad entreveía en el imperio una insti-

tución humana de donde debía salir la institución divina de la Iglesia. Á la justicia la hace falta un brazo, el derecho necesita de una fuerza, la verdad de una protección y la paz de un guardián armado.

El imperio pagano había sido una parodia infernal de este pensamiento divino, y tal pensamiento debía realizarse por la Iglesia, cuya misión es establecer y ordenar todo en Jesucristo y para Jesucristo. Pero aún no se había concluido el noviciado de los bárbaros, y antes de ampararse bajo la autoridad, tenía el género humano que ir perdiendo las costumbres del despotismo. Era preciso que el torrente de invasiones, pasando y repasando por Roma, destruyese el Senado y los ídolos, y dispase la infección de la relajación y de la esclavitud; que hiciera más profundo el abismo entre Bizancio é Italia y entre Italia y las otras partes de Europa; que dividiera en grupos de pueblos la multitud de familias que había soportado el yugo de la tiranía, y, colocando á cada familia en su lugar, pusiera las fronteras como otras tantas fortalezas en donde la libertad de la Iglesia había de engendrar y producir la libertad de las naciones. Á costa de tanto sacrificio se levantaría el santo imperio romano : *Tanta molis erat Romanam condere gentem.*

Los restos del imperio formaban poderes que, chocando los unos con los otros, se descomponían al momento en fragmentos enemigos; y la Iglesia se apoderó de ellos, les dió forma y les determinó un orden en el que la regla no excluiría la

libertad. Sus monasterios, edificados con gran valor en medio del caos y confusión de los tiempos, resistían á las tempestades que arrancaban los tronos, y los pueblos errantes se acogían á esos árboles piadosos y, por fin, fijaban allí su residencia. Allí se educaban los hombres que tenían paciencia. *Patientia pauperum non peribit in finem*, porque los monjes cultivaban la inteligencia y corazón de los pueblos como cultivaban la tierra, y su trabajo perseverante fertilizaba todo lo árido y encauzaba todos los torrentes; y llegó un día en que se vió que la Iglesia había formado un género humano nuevo, y apareció Carlo-Magno despidiendo candor, bondad y valor.

Esto era siete siglos y medio después de Nerón y cuatro siglos después de Constantino. Se ha visto qué emperador había dado el mundo á la Iglesia naciente, y que dicho emperador era la expresión completa del mundo pagano; y hé aquí á Carlo-Magno, que es el emperador que la Iglesia da al mundo, después de cuatro siglos de libertad, emperador que simboliza por sí mismo la expresión del pueblo que la misma Iglesia había formado. Pueblo sin duda incompleto y todavía apegado al terruño : su cabeza luminosa concibió planes que la debilidad de los órganos inferiores impedirá realizar; pero, sin embargo, este pueblo hará obras sublimes y, pasados diez siglos, humillado, vendido, y quizá abatido, existirá todavía y se acordará y arderá en generosos deseos; y, si sucumbe, sucumbirán también con él tantas leyes, tantas luces, tanto progreso, que ya no será

el mundo lo que quede, sino que el mundo perecerá también.

Pipino había restituido al Padre Santo las ciudades que había conquistado en Lombardía, y el emperador bizantino, que las pedía sin derecho, las reclamó sin fruto. El lombardo, cuando no tenía á su garganta el hierro carlovingio, olvidaba sus juramentos. Carlo-Magno le obligó á cumplirlos y confirmó el acta de *restitución* de Pipino, obedeciendo no solamente por piedad, sino accediendo también á la petición de los pueblos. Todos los hombres verdaderamente nobles y grandes saben distinguir lo que la conciencia pública reclama fundada en la justicia. El hijo de Pipino escuchó el voto de los pueblos, y, con el fin de librar á éstos de los griegos, de los lombardos, de los eunucos y de los bandidos, robusteció el trono pontifical, puso delante de él su espada, y el rey Cárlos se hizo Carlo-Magno.

«Cuando el diente lombardo mordió á la santa Iglesia, Carlo-Magno vino sobre las alas del águila romana á socorrerla, y fué victorioso.» Eso es todo lo que el Dante concede á Carlo-Magno. Dante es gran poeta y gran teólogo, pero no gran inteligente ni gran católico. Gibelino, dando ó quitando la gloria, según que se hubiere sido ó podido ser gibelino ó güelfo, no ama Dante á Carlo-Magno, que arrebató el imperio á la pretendida descendencia del César, y no la conservó bastantemente para él. ¡Carlo-Magno un pupilo del águila de Roma! Él era el hijo del Evangelio, el devoto y fiel auxiliar de Cristo; él combatía por la cruz bajo las alas de la cruz.

Carlo-Magno comprendió, amó, y procuró acabar esa gran obra de la divina Providencia : el establecimiento temporal del romano Pontífice y la entronización definitiva de Cristo allí mismo donde Satanás había triunfado é imperado más. *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. Y todo eso se encontró junto en la constitución de este poder : el derecho divino, la antigüedad y todas las formas y condiciones del derecho humano. La Iglesia era propietaria por la donación de los legítimos poseedores, por el voto de los pueblos libertados y rescatados y por la conquista; porque Pipino y Carlo-Magno habían conquistado legítimamente en Lombardía lo que los lombardos habían quitado á los pueblos que querían pertenecer á la Iglesia, después de la caducidad del derecho de los griegos por causa de la herejía.

Carlo-Magno es por excelencia, entre todos los soberanos, el hombre de la Iglesia. Su maestro político fué el papa Adriano I. Este Pontífice adivinó á Carlo-Magno, le llamó y le dirigió cerca de veinte años. Carlo-Magno es la antítesis de Nerón, y no hay hombre ni más grande ni más digno de amor. Se ha dicho que la naturaleza le había formado con más cuidado que á cualquiera otro, y que le había venido preparando hacia mucho tiempo. Pipino de Heristal ya fué grande, Carlos Martel lo fué más, y Pipino fué mejor. Carlos Martel había rechazado la invasión de los sarracenos, Pipino había visto la Iglesia, y Carlo-Magno entró en ella. En hora feliz se sintió rey por parte de

Jesucristo y guía del pueblo cristiano, *rector christiani populi*.

Lo que aún había en él de los vestigios de bárbaro no era más que ingenuidad y ardor de una juventud fuerte y pura. Era paciente, clemente, generoso, dócil, amante del bien y creyente. Amaba á Dios y á los hombres, las armas y la ciencia; no dudó de los derechos de Dios, y no descansó cuando fué preciso defenderlos, y, finalmente, llevó la luz al mundo, hizo doblegarse al bárbaro bajo el filo de su espada y él mismo se puso en la escuela como pudiera hacerlo un niño. No dejó en toda su vida el estudio, y presidía una academia en su mismo palacio, habiendo llegado á poseer conocimientos bastantes para escribir una lección correcta de los Evangelios, compuesta con trabajos ejecutados sobre manuscritos griegos, latinos y siriacos.

Siempre se rodeaba de personas honradas, tales como Engilberto, Eginhardo y Alcuino, el gran docto y maestro de escuela; el duque de Guilhem, que fué después San Guilhem de Gellona; Benito, que fué después San Benito de Aniano, reformador de la orden benedictina, los cuales fueron todos venerados de sus contemporáneos y por la posteridad. De tan excelente y elevada condición eran los cortesanos y amigos de Carlo-Magno, en cuyo corazón reinaron siempre el decoro, el honor y los nobles sentimientos de la sincera amistad, hasta el punto que podía llamarse el rey de sus amigos, pues, según crónicas fehacientes, no podía contener las lágrimas cuando tenía noticia de la muerte de alguno de sus amigos.

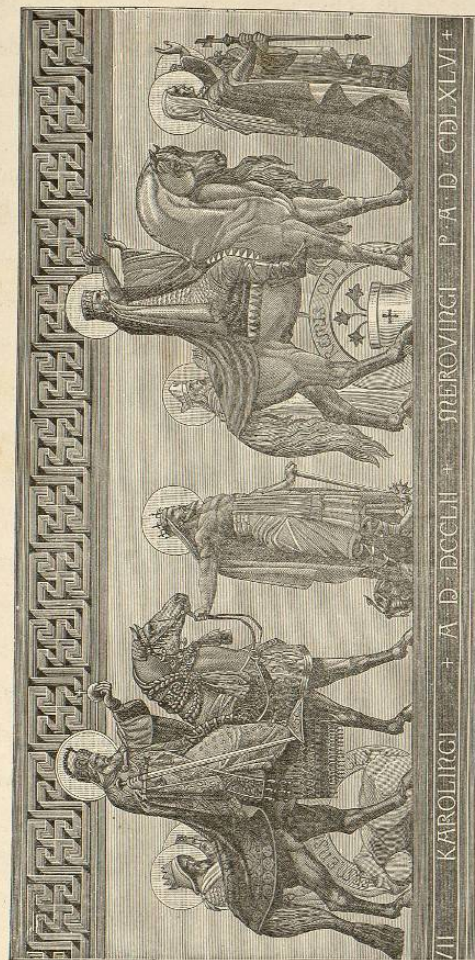
Carlo-Magno venció y convirtió á los sajones, acusándole algunos de crueldad en este punto. Los sajones repetían sus revoluciones y motines, matando á los representantes de Carlo-Magno é invadiendo sus dominios; y, desde luégo no hay crueldad alguna en castigar y reprimir á unos enemigos que habían sido antes perdonados veinte veces, y á unos traidores que habían violado otras tantas sus pactos y juramentos. Además, él perdonó á todos los que pidieron el bautismo; pero fué porque, ya bautizados, dejaron de ser revoltosos é infieles á los tratados. Luégo que los sajones fueron cristianos, les dió Carlo-Magno sus antiguas libertades, los dispensó de pagarle el tributo, y sólo les impuso la condición de que fueran tributarios de la Iglesia. Dividió después su país en provincias, hizo el arreglo de diócesis, y, para conservar la solemnidad del culto, fundó iglesias catedrales.

Bossuet hace un grande elogio de sus costumbres privadas. Á la faz de la Iglesia y del mundo, y con la firmeza de un hombre de bien, condenaba el fraude, el robo, el adulterio y la lujuria: «Sepa cada uno de nuestros súbditos, decía, que aquel que cometa alguno de los expresados delitos será privado de todos sus honores; y hasta tanto que se hubiere enmendado y dado la debida satisfacción, será separado de toda sociedad con los fieles, porque debemos temer el precipicio en que sabemos que otros han caído.»

Para acabar de contar lo que era el emperador y el impe-

rio, veamos cómo podía entonces la Iglesia definir y proclamar los deberes de la autoridad real. Aquí están los decretos de los Concilios, promulgados por Luis el Indulgente, como leyes de Estado:

«La justicia del rey consiste en no hacer gravosa su autoridad á ningun hombre injustamente;—en juzgar sin acepción de personas, lo mismo al nacional que al extranjero;—en ser el defensor de los débiles, de los huérfanos y de las viudas;—en reprimir los robos y castigar los adulterios;—en no elevar á los malos, ni consentir á los lascivos ni á los histriones;—en humillar á los impíos;—en no permitir que vivan los parricidas, ni que prosperen los perjuros;—en proteger las iglesias y socorrer á los pobres con limosnas;—en confiar la gestión de los intereses públicos á personas justas;—en tener consejeros ancianos, prudentes y sobrios;—en no entregarse á las supersticiones de los magos, adivinos y pitonisas;—en olvidar los resentimientos;—en defender la patria con valor y con justicia;—en no llenarse de orgullo con la prosperidad, y llevar con paciencia la adversidad, practicando en todas las cosas lo que la fe católica enseña acerca de Dios y acerca de los hombres;—en no consentir que vivan como impíos los príncipes de su reino;—en dedicar ciertas horas á la oración, y en no tomar nada antes de la hora conveniente para la comida, porque está escrito : «Desgraciada la nación cuyo rey es un niño y cuyos príncipes están en la mesa desde la mañana.» Tales son las



Admita 130.—La Francia cristiana. Santa Genoveva y Santa Clotilde, teniendo la cruz en sus manos, preceden á Clodoveo, acompañado de Gregorio de Tours, adorando á Dios como en Tobías; ante los pies de su caballo está la pila bautismal de Reims. Detrás de él se ve á Carlos Martel, el vencedor de los sarracenos, el cual tiene la brida del caballo de su hijo Carlo-Magno, revestido de insignias imperiales, y oprimiendo con sus pies el ídolo de los sajones. Loatario, Luis el Germánico y Pipino se reparten los despojos de su vasto imperio.—Fragmentos de los frisos del *Cathédrale*, proyecto de pintura en pared, por M. Lanette, conservado en la Escuela de Bellas Artes, en París, del siglo actual.

»causas de la prosperidad de un reino en este mundo, y de esa manera es como un rey llega al reino de los cielos.»

Adriano I supo sacar partido de la prosperidad, como sus predecesores habían sabido luchar contra las catástrofes. Con previsora mano tomó la tutela del mundo que renacía; y como era romano, y, por tanto, lleno del genio de la Roma antigua por los trabajos nobles y magníficos, ensanchó todavía más sus planes y designios por el celo de la salvación de las almas, y tuvo voluntad de convertir á Roma en la primera maravilla y la primera escuela del mundo, todo lo cual era intentado por él á fin de llenar así su cargo de padre y servidor del pueblo cristiano.

Ya después del emperador Isáurico, la caridad de los Papas, que es el carácter tan perseverante de su gobierno, enriquecía á Roma, aprovechando y tomando ocasión de los desastres y locuras de Bizancio, acogiendo los artistas que de allí desterraba la herejía y protegiéndolos para que reedificasen á Roma. Por esa causa se levantaban por todos lados palacios, iglesias, torreones de defensa, pórticos y otras reformas muy útiles. Adriano continuó esas mismas obras y las llevó hasta un punto de grandeza que sus predecesores no habían podido siquiera pensar. Con previsión de los peligros que podían venir, terminó las murallas, reparó los antiguos acueductos, cuya obra se reputaba imposible; llevó á su mismo palacio las fuentes, que surtían á la vez á la ciudad, porque está escrito: «La abundancia

de las aguas alegra la ciudad de Dios.» Reedificó las iglesias, construyó para los peregrinos inmensas galerías con el fin de unir con ellas las grandes basílicas de San Pedro, San Pablo y San Lorenzo; solamente para los cimientos de los primeros arcos de la galería que tocaba á las riberas del Tíber se emplearon doce mil grandes piedras preparadas para travesaños.

Esa magnífica y asombrosa columnada, llena de altares y de capillas, decorada con inscripciones y cuajada de mosaicos, se prolongaba en una extensión de muchas millas á través de los campos, por entre las ruinas y sepulcros de los antiguos paganos. Uno de los adornos exteriores de la antigua Roma, ciudad de la muerte, eran los sepulcros, y la nueva Roma, cabeza y lugar principal de la vida, se presentaba al mundo levantando templos y dedicándolos á los Apóstoles y mártires del Dios vivo; y extendía y prolongaba afuera sus grandiosas y esbeltas columnadas, como si fueran otros tantos brazos amistosos para abrazar y acoger al viajero, que ya no era allí un extranjero, sino un huésped y un hijo, y frecuentemente el hijo pródigo, lleno de amor y de la seguridad de su perdón y de su reconciliación. Bajo las galerías del Papa Adriano no se veía solamente la Francia de Carlo-Magno, humilde en medio de la alegría de la victoria, al bretón que iba á pedir libros, al sajón convertido que corría á pedir la bendición, sino que también se apresuraban á ir allí el lombardo penitente y el griego reconciliado.

La ciudad era de las más bellas y hermosas que han visto

el sol, pues, reedificada conforme al arte bizantino, que entonces había llegado á su mayor apogeo, majestuosa y encantadora, brillaba en ella el oro; los mármoles, los mosaicos, las aguas, que se deslizaban en juguetonas corrientes, y todas las maravillas antiguas del arte se encontraban allí primorosamente restauradas. Estaba ya llena de colegios de todas las naciones; se hablaban en ella todos los idiomas de la tierra, sin que ninguna de esas lenguas fuera el lenguaje de la cautividad ni de la tiranía, y todos sus habitantes dirigían la misma plegaria al mismo Dios. De este modo, en el período de dos ó tres reinados en que la acción de los Papas se vió libre, se realizaron obras tan maravillosas y reformas tan incomparables en el suelo de Roma, pisoteado por los bárbaros y todavía casi enfurecido por la caída del mundo antiguo.

Alarico, empujado por un instinto que le dictaba el multiplicar por doquiera la desolación, y Genserico, llevado por el huracán que sopla contra aquellos á quienes Dios quiere castigar, habían saqueado á Roma; Atila, el azote de Dios, la había exigido tributos injustos y exorbitantes, y aún no estaba saciado el odio que las demás naciones la tenían. Totila, más inhumano, después de haber oprimido y desolado la ciudad imperial, la había evacuado, dejándola desierta, hasta el punto de que, cuando Belisario entró en ella cuarenta días después de la retirada de aquél, sintió una impresión de miedo por parecerle estar en un desierto. Las murallas destruídas tapaban las entradas,

despojadas de sus puertas; la hierba crecía en las calles, llenas de escombros; y al llegar Belisario al Capitolio violó el silencio que guardaban tantos montones de ruinas, mandando tocar la trompeta y enarbolar las águilas, sin que respondiese voz alguna ni acudiera una persona. Allí no había ya ni Senado, ni pueblo, ni habitantes, sino que la grandiosa y formidable Roma estaba muerta, y su cadáver pertenecía á las bestias feroces que el Senado, siempre pagano, había reservado para la última hora, á fin de que hubiera una sombra de los placeres y diversiones antiguas del pueblo llamado á cada momento el pueblo rey.

De ese polvo y de esas ruinas, en ménos de dos siglos, habían sacado ya los Papas tantas maravillas y obras tan prodigiosas como quedan referidas, y con su celo, abnegación y caridad universal habían levantado la nueva Roma que, en tiempo del Pontífice Adriano, se presentaba tan rica, tan decorada por todos los primores del arte, y en la que la religión era una fiesta permanente; la ciudad de las ciencias y del progreso, de la pintura, del canto y de todas las bellas artes, que hacían de ella la escuela y modelo para todo el mundo, en la cual tenía puestos su embeleso y su encanto el magnánimo corazón de Carlo-Magno, quien, después que la hubo visitado detenidamente rezando con grande edificación sobre los sepulcros de los mártires, y de haber tenido él mismo voluntad de reedificarla y de civilizarla, por toda recompensa sólo pidió al Santo Pa-

dre algunos libros y el permiso de llevarse consigo algunos profesores de música religiosa.

«Así como perecieron Tebas, Babilonia y Cartago, así también, en la época de San Gregorio el Grande, dice Gibbón, hubiera perecido y desaparecido de la superficie de la tierra la ciudad de Roma, si no hubiese estado animada de un *principio vital* que la volviese al estado de tener los honores de la dominación.»

Se vió, en efecto, que ese principio vital, del cual Gibbón era enemigo, no estaba destituido de energía, pues, bajo el pontificado del inmediato sucesor de Adriano, dió pruebas de su fecundidad, creando el imperio, antiguo por el nombre, pero nuevo enteramente en su espíritu y en sus fundamentos; porque ni el Papa Leon III ni el gran rey bienhechor, Carlo-Magno, podían hacer cosa alguna que se pareciese al imperio y al emperador antiguos. El Papa creó el *Sacro Imperio* obrando con su pleno poder y por propia resolución; y en esta nueva institución dejaba un tutor y defensor de la república cristiana y de la Iglesia, las cuales todavía estaban amenazadas; arraigó las ideas de orden y de justicia en el mundo para el día en que Carlo-Magno no existiese; dió una realidad y un cuerpo al gran pensamiento de la unidad del género humano en Jesucristo, que era el mismo pensamiento y voluntad de Dios, conforme principiaban ya á conocerlo los pueblos, y cuya realización se apresuraba á llevar á cabo el piadoso y gran monarca Carlo-Magno.

Carlo-Magno fué una fuerza poderosa é inteligente puesta al servicio de la verdad; una fuerza á la vez dócil, humilde y que se reputaba muy honrada cooperando al triunfo de la Iglesia, y una fuerza, en fin, que, en vez de vanagloriarse del bien que hacía, al contrario, se mostraba agradecida por la gloria y bendiciones que le reportaba. El Papa consagraba ese elemento de paz y de orden, y derramaba sobre él la unción divina, resultando de ahí un orden de cosas en que el rey sentado en su trono y el Pontífice en el suyo, unidos los dos por firme concordia y tomando por base de su acción la religión y el servicio de Dios, labraban la felicidad de los pueblos y los ponían al abrigo de todo trastorno y de toda invasión.

La prosperidad y la gran vitalidad de Roma bajo los Papas Adriano y León se reflejaban en todo el imperio; y los monumentos artísticos parecían brotar de la tierra, y las iglesias con sus cúpulas elevarse en el espacio, y los monasterios multiplicarse como otros tantos asilos de la ciencia y de la virtud. Carlo-Magno fundó veinticuatro, y por doquiera resonaba el cántico de las divinas alabanzas, y las luces del estudio y del saber se derramaban como sutil flúido por toda la sociedad cristiana. El mismo celo y actividad que se desplegaban para sembrar en la tierra los principios y máximas del Cristianismo parecían un presentimiento de los días calamitosos que pronto habían de llegar. Los nobles de la corte de Carlo-Magno dejaban sus espadas, que tenían casi la representación é influencia de un ce-